

OLMEDO CLÁSICO

178

FERNANDO URDIALES. LA RESISTENCIA DE LO EFÍMERO

DE REGRESO A OLMEDO

GERMÁN VEGA GARCÍA-LUENGOS

Universidad de Valladolid. Olmedo Clásico

A mí me suelen llamar
el Caballero de Olmedo,
y yo estoy vivo.

(acto III)

Fernando Urdiales fue nombrado Caballero de Olmedo en noviembre de 2008. El Ayuntamiento de la Villa reconocía así su papel decisivo en el festival de teatro. Unos meses después estrenaba en ella la impresionante tragedia de Lope, que a la postre fue su última creación. Desde entonces los públicos de muchos lugares han presenciado cómo don Alonso se encuentra con la muerte anunciada, que le impide regresar a Olmedo. Una y otra vez, antes y después de que el 12 de diciembre de 2010 lo mismo le ocurriera a quien fraguó el espectáculo con el que Teatro Corsario nos conmueve.

La obra le había enganchado de manera irremisible unos años antes, en especial a raíz de estudiarla a fondo para las clases de interpretación y dramaturgia de los cursos que dirigía en Olmedo Clásico. En ella decía encontrar los principales factores que le admiraban de los grandes creadores del Siglo de Oro: su esencialidad dramática, la fuerza del amor y el destino, la omnipresencia de la poesía, los maravillosos versos. Todo en este caso al servicio de un hombre sobre el que pesa una muerte consabida, con el que vitalmente no le era difícil identificarse, tras años de salud quebrantada por la inexorable enfermedad. Y quizá fue esto lo que más le atrajo, pero nada dijo de ello. También había otras razones: pensaba que se lo debía a Olmedo y que tenía que estrenarse en el festival que con tanto entusiasmo había contribuido a crear para concentrar sus energías postreras en favor de la contemporaneidad de los clásicos.

Es más, en un principio lo que planeó fue un espectáculo colectivo que implicase a los propios vecinos de la villa. Y nunca desistió de esa idea, aunque su estado de fuerzas hacía que la fuera dejando para mejor ocasión. Porque, efectivamente, Fernando vivía como si fuera posible una ocasión mejor. Nunca se entregó, porque no se lo permitía su instinto de resistencia. Tenía sus protocolos para afrontar los malos momentos físicos; y, sobre todo, los anímicos, mucho más fieros. Para ahuyentarlos consideraba –con no sé qué grado de convencimiento– la posibilidad un nuevo multitraspante que le permitiera seguir atado a una vida que, a pesar de sus limitaciones, sabía disfrutar como si no fuera un bien escaso.

OLMEDO CLÁSICO

El caballero de Olmedo fue también su aportación a las celebraciones suscitadas en 2009 por el cuarto centenario de la primera aparición del Arte nuevo de hacer comedias, el escrito programático en el que, sobre las muchas lecciones que ofrece, se sustancia una que para Fernando Urdiales terminó siendo santo y seña: que el teatro es para los espectadores, no para los profesores ni para los críticos.

Era incombustible su admiración hacia los clásicos españoles. Confieso que me sirvió para dar mayor consistencia a la mía, fraguada de una manera mucho más fácil, a través, principalmente, de tratar el costado literario de sus textos. Sin embargo, él había llegado a ella tras buscar afanosamente la imprescindible actualidad que esos autores podían tener en el escenario, lance en el que apostaba todo, hasta la subsistencia. En esa tesitura de alto riesgo se había puesto después del doble salto mortal, y sin red, de trocar la carrera de médico por el teatro y a los autores vanguardistas extranjeros de su etapa precorsaria y de los inicios corsarios por los clásicos españoles.

Bueno, en realidad, Fernando nunca dejó de ser vanguardista, como tampoco dejó de ser médico. En lo que hace a esto último, me entenderá perfectamente quien lo haya tratado, porque dará fe de lo mucho que en él quedaba del excelente profesional que podía haber sido. Por lo que respecta a la persistencia de su vanguardismo, basta examinar sus trabajos en profundidad para comprobar que en todos ellos están presentes la experimentación artística y el compromiso ideológico. Si estos se encauzaron hacia el teatro del Siglo de Oro fue por descubrir que en su ingente repertorio había obras en las que latían los problemas vitales e intelectuales que le preocupaban, servidos por planteamientos dramáticos eficacísimos, y declarados por palabras de una brillantez asombrosa. Y, por si fuera poco, contaban con el don impagable de la complicidad con un público mucho más amplio y heterogéneo que el que hasta entonces habían considerado; un público que de alguna manera nunca había dejado de considerar suyo ese teatro normalmente tan manipulado y mal servido. Esta es una de las claves de esta historia. Desde entonces fue esencial para él la condición de teatro “popular” –“entiéndaseme bien el adjetivo”, solía decir antes incluso de nombrarlo—. Su caída del caballo, como la de Saulo, se había producido al comprobar la acogida que los espectadores depararon a su montaje *Insultos al público*, de Handke: quien siembra insultos recoge animadversión. Había que buscar un punto de encuentro en el que se hermanaran los gustos del mayor número posible de espectadores y sus exigencias personales. Con los clásicos podía lograrse. Se trataba de elegir adecuadamente aquellos textos que, sin violentarlos ni traicionarlos, ofrecieran la posibilidad de expresar sus intereses de combativa contemporaneidad artística e ideológica. Eso le llevó a la lectura tenaz de obras y estudios. A la postre, Urdiales le debe al teatro clásico sus principales señas de identidad, pero este le debe uno de los intentos más serios que se han desarrollado en nuestros días por asumir tan espléndido legado. Porque a los clásicos no les ha hecho tales el empeño de los profesores de literatura en sus clases (y perdón por contrariar la etimología y por tirar piedras contra

OLMEDO CLÁSICO

mi tejado) sino fundamentalmente aquellos que como él han apostado por que vivan de nuevo en los escenarios.

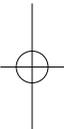
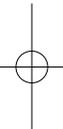
Y entre ellos su predilecto era Calderón: con excepción de Goethe, que era un calderonista hiperbólico, no he conocido a nadie que se refiriera a él con tanto entusiasmo. Su montaje de *El gran teatro del mundo* fue decisivo para hacer irreversible la singladura por los clásicos de Corsario. Luego vinieron *Amar después de la muerte*, *La vida es sueño* y *El mayor hechizo amor*. Y si la muerte le hubiera permitido zafarse un año más de ella, lo hubiera gastado en el asedio de la tragedia perfecta que para él siempre fue *La devoción de la cruz*. Era su obsesión desde que frecuenté su trato, y no pasaba mucho tiempo sin que asomara a nuestras conversaciones.

De ella, como de otras obras que le interesaron, quería averiguar cuanto fuera posible sobre el estado de sus estudios. Ya en *La vida es sueño* había aprovechado su buen conocimiento de los avances filológicos para afinar su propuesta escénica, en la que combinaba parlamentos de las dos versiones, cuya existencia hacía muy poco que se había puesto sobre la mesa, y que muchos filólogos aún ignoraban. Estas posibilidades quería también tenerlas en cuenta para su propuesta de *La devoción*, que tan meticulosa como persistentemente preparaba. Y es que Fernando era testimonio ejemplar de la que considero una de las claves de la mejora que ha experimentado el tratamiento de los clásicos: el entendimiento entre los estudiosos y los responsables del mundo escénico, que algunos episodios residuales y anecdóticos de desencuentro no logran desmentir.

Desde 2006 Fernando Urdiales vivió con intensidad su festival de Olmedo. Él que se sabía mortal, más que los demás mortales, vio en ello la posibilidad de dar una nueva dimensión a su entrega a los clásicos. Días antes de que nos sorprendiera su muerte, había llamado para decir que se encontraba mejor y que se iba a poner a trabajar ya para la próxima edición. Había pasado unos últimos meses muy malos, entrando y saliendo del hospital, desde que en julio y durante la edición anterior del festival había cogido una neumonía que agravó su mal. Pero nos habíamos acostumbrado a su comportamiento de ave fénix que continuamente resurgía. Por eso he dicho que nos sorprendió su muerte. Sabíamos que llegaría fiel a su cita, pero no queríamos creerlo. Nos bastaba con que sobreviviera mes a mes, año a año. No queríamos perder físicamente al compañero imprescindible de una aventura necesaria, pero, sobre todo, al amigo con el que tanto nos divertimos, aprendimos y quisimos. No obstante, la muerte no lo puede todo; y su favorito don Pedro Calderón sabía cómo decirlo:

El estrecho nudo fuerte
que en nuestras almas está,
sin romperlo, no podrá
desatárnosle la muerte.

Nada impedirá que cada año regresemos con él a Olmedo.



ISBN-13: 978-84-8448-651-0



9 788484 486510

OLMEDO CLÁSICO



Universidad de Valladolid
Secretariado de Publicaciones
e Intercambio Editorial



DIPUTACIÓN DE VALLADOLID
www.diputaciondevalladolid.es



**AYUNTAMIENTO
DE OLMEDO**